

Memorias de un provinciano

Carlos Mastronardi

Creo que en la biblioteca ví por primera vez al poeta Juan L. Ortiz, que habría de ser uno de mis grandes amigos. Me superaba algo en edad y mucho en versación y acierto selectivo, pues tenía ya el gusto formado, de modo que podía leer con provecho a Taine, a Guyau y a Paul de Sain-Víctor cuando yo apenas salía de las novelas de capa y espada. Muchas noches abandonamos juntos ese ámbito apacible (me gustaba el olor a madera barnizada que tantas veces respiré en él), donde habíamos iniciado una conversación que, al cerrar la casa sus puertas, proseguíamos en la calle. A veces lo acompañaba hasta la suya, situada en un extremo del pueblo, a pocos pasos del río. Aún no había formado su hogar, de modo que vivía solo, en una casa esquinera que parecía una atalaya y en la cual congregaba gatos y amigos. Su piedad franciscana excedía –y excede–, el estrecho ámbito humano, y ya en aquel tiempo recogía los pequeños animales abandonados o perdidos en los espinosos cercos de los suburbios. En esos años, sólo entregado a la naturaleza que lo rodeaba y a los libros que podía obtener, no pensaba publicar sus poemas, pero ya había escrito algunos con humilde y escondida delectación. Cedía muchas horas libres a la lectura y al río; de modo eventual, sin embargo, la pluma y el pincel lo atraían con parejo encanto. Fue retratista recio y excelente paisajista, pero la poesía acabó por identificarse con su vida. Desprovisto de colores y telas, con improvisados elementos de trabajo solía reproducir un rostro o detener en términos de arte una puesta de sol. En sus habitaciones de paredes rugosas y puertas con antiguos pasadores de hierro que nunca utilizó –confiaba en la honestidad de sus vecinos– vi algunos retratos que eran obra suya y que comportaban otros tantos homenajes a escritores de su dilección. Allí estaban Tolstoi, Gorki, Romain Rolland, Rafael Barret y creo que Barbusse. Si no recuerdo mal,

eran retratos al carbón. El sol intruso –sobre aquella casa insular más imperioso– y los desniveles de la rudimentaria pared habían arqueado los cartones que presentaban esos rostros ilustres. Por otra parte, dichos trabajos respondían a una exigencia de su intimidad y de ningún modo forzaban el sentimiento admirativo de los otros. Nunca lo movió el afán de convertir sus emociones en las provechosas etapas de una carrera artística o literaria.

Sucinto como un junco, suave la voz, propenso a la contemplación y al silencio, desentendido de las rencillas locales y perdida la mirada en la lejanía, tanto su aspecto como sus hábitos causaban una especie de amable extrañeza. Sencillo en la palabra y en la ropa –su única coquetería era un sombrero de artista, un sombrero de ala tan ancha que debía quitárselo para trasponer algunas puertas– y totalmente incapacitado para la codicia, estos insólitos atributos impedían clasificarlo o definirlo según las pautas corrientes. En vez de salir en busca de otro empleo –tenía uno muy modesto– buscaba el recogimiento y pedía el éxtasis a las aguas del río vecino y a los atardeceres silvestres. No escrutaba sino que se integraba en la naturaleza: era un gajo más de aquellos árboles ribereños. Los cielos y los campos que para los demás son lluvia y pasto, generaban en él estados mágicos. Frecuentaba la costa frondosa, donde muchas veces lo sorprendí como emblesado y ausente, los ojos agradecidos en el horizonte. Esos hábitos singulares, y la fuerte impresión de irrealidad que dejaba en la gente normalmente ávida, no lo privaba de amigos. En mis ya numerosos años no he conocido hombre más bueno ni más comprensivo. Mantenía trato afectuoso con sus vecinos, casi todos ellos “boteros” y pescadores. En ese medio, donde el porvenir no podía ser sino idéntico al ayer, pues todo se reducía a seguir tirando, no causaba perplejidad ni extrañeza, pero las personas acomodadas o por acomodarse, sólo atentas a los bienes concretos, lo apreciaban sin entenderlo. Como nunca lo vieron arrojarse sobre las cosas con voluntad posesiva, su carencia de avidez les traía asombro. Quizás lo juzgaban un excéntrico o un hereje social, ya que sólo podían medirlo con sus habituales esquemas.

Un sentimiento casi místico lo identificaba con el paisaje y una simpatía humana siempre activa lo acercaba a los desposeídos. Los evangelistas del anarquismo, por entonces vigente, habían mojado aquella joven cabeza con sus aguas lustrales.

Hacia el final de las tardes, en compañía de otros amigos, acostumbrábamos leer o comentar los libros que yo había llevado de Buenos Aires o que el azar ponía en nuestras manos. Esas tertulias, aparte de otros sabores amables, tenían el gustoso sabor del mate. Solían realizarse a la puerta de la casa de Ortiz, sobre la vereda de ladrillos desparejos, en cuyas fisuras crecían los yuyos que auguraban el campo. Por la vieja calle de tierra, donde abundaban los zanjones, mientras hablábamos de los escritores franceses que habían surgido después del armisticio del 18 –firmado no hacía mucho– veíamos pasar ensimismados jinetes y carros como desvanecidos en el polvo que levantaban. Cuando el sol se ponía y empezaba a flotar en el ambiente el habitual olor a carne asada, también pasaban, graves y espectrales, los pescadores y demás hombres del río. Y diré, de paso, que ese olor que venía de los lejanos fogones era parte inseparable de los borrosos anocheceres que recuerdo: con los ojos cerrados hubiera podido saber la hora, y acaso el pueblo, por aquella lenta combustión animal.

Magro, vibrátil y de tez ligeramente oscura, Ortiz tenía el aspecto de una estilizada garza mora. Esos rasgos exteriores condecían con su índole sensitiva. Se hubiera dicho que su magrez era otra forma de su humildad. Vivía en función de los bienes más elevados y nobles. Lector omnívoro, mantuvo trato íntimo con todas las obras literarias de que disponía la biblioteca local. Su adolescencia había gozado versos de Acuña, de Flores, de Asunción Silva, pero luego dio con los clásicos y más tarde puso su interés en los escritores europeos del siglo XIX y del nuestro. Banchs, entre los poetas argentinos por entonces vivientes, era su predilecto. Proclive al intimismo, como entonces se decía, sospecho que Almafuerte le parecía demasiado asertórico y Lugones demasiado brillante. Tendía naturalmente al medio tono y al matiz. Entre los ultramarinos, Samain, Laforgue, D'Annunzio y Juan Ramón Jiménez lo llevaban al éxtasis. Asimismo la prosa etérea y sugestiva de Rodenbach estaba siempre en su conversación. Los movimientos literarios que ocurrieron durante la primera guerra mundial o poco después, sin duda ensancharon su visión y retocaron sus preferencias. A este respecto, diré que la evolución del gusto, como nadie lo ignora, suele estar determinada por las circunstancias. El escrutinio de valores estéticos es tarea que en el ámbito provinciano resulta singularmente dura y costosa. El lec-

tor que no hace de la lectura un pasatiempo, sino que se propone ahondar en el espíritu de las obras y enriquecer el suyo propio, sufre de soledad y, por consiguiente, no puede establecer esas fecundas confrontaciones que son inherentes al diálogo. Perdido en un pueblo de provincia, debe atenerse al dictamen escrito que le llega de los populosos centros donde se cruzan todas las corrientes de la cultura. Como es evidente, ese tipo de dictamen no siempre trasluce un estricto criterio valorativo. En muchos casos, disimula o suaviza los contornos de la realidad a que se aplica. Suele ajustarse a convenciones que, en cambio, raras veces aparecen en el curso del lenguaje oral. De tal modo, ese apartado testigo del arte nunca goza de los bienes que son acarreo natural de la conversación, más suelta y libre cuanto más privada. Tiene que extraer de sí lo que falta en su medio, por manera que esa relación es una limitada relación dual. Ningún puente, ninguna mediación, le permite tomar posiciones frente al poeta o al novelista que, por el solo hecho de serlo, cae sobre él con todo su prestigio genérico. En apreciable medida, el arte es cosa social, ya que se hace *entre* los hombres. Pero el lector que está solo y que desea aplicar un criterio judicativo a la obra que tiene entre manos, cumple ese propósito dentro de un ámbito puramente subjetivo, librado a sus recuerdos, a sus gustos, a su espíritu sin ventanas. Dadas estas condiciones, entrega a la sensibilidad lo que es pertenencia del juicio. Por consiguiente, el valor histórico de las obras, es decir, las resonancias que éstas suscitan en una época o en un ambiente –rebotes, influencias, analogías– no ingresa en su apagado mundo especulativo. Las circunstancias le impiden mover sus facultades analíticas; se convierte, pues, en pasivo contemplador del arte. En cuanto se vuelve total consentimiento, cabría decir que su modestia excesiva lo entorpece. Por mucho que su riqueza interna sea considerable, acatará con veneración inocente los nombres y los títulos que propagan las decisivas ciudades. Y esa mansa actitud acabará por anular todo sentido crítico. Ignoro si las cosas han cambiado, pero estas modalidades eran muy fuertes a principios de siglo, cuando conocí a Ortiz. Quizá yo le llevé un poco de la dureza estimativa que aprendí en Buenos Aires. Por lo demás, antes de abandonar la provincia y de confrontar puntos de vista por la vía del diálogo, estas propensiones fueron también mías. Un fervor a la vez avasallante y fácil me privaba

de esa libertad que es condición del buen discernimiento. Creo que dicho desnivel se manifiesta con fogosidad en todo joven que intenta formar su espíritu en un ambiente retirado y sin el socorro de la comunicación viva.

Durante nuestros largos paseos por el parque, entre espinillos y eucaliptos, junto a las barrancas del Gualaguay, Ortiz se avenía a decirme sus versos. Antes, claro está, debía esforzarme por vencer su reserva pudorosa. Le pagaba ese don muy malamente, puesto que le hacía conocer mis vacilantes alejandrinos, donde sucesivamente aparecían Nervo, Herrera y Reissig, Carriego y otros mentores. Ese intercambio, cumplido a media voz, tenía los caracteres de un fraterno rito secreto. Con el cielo ya oscuro, dejábamos aquel lugar apacible donde la apariencia y la esencia de Entre Ríos son una misma cosa perdurable. A favor de los candiles de las afueras, desde su noche proletaria, algunos vecinos nos miraban como si nos temieran conspiradores. Otras veces, al salir de la biblioteca (yo hacía mi aprendizaje de Balzac, Zola y Eça de Queiroz) reanudábamos el velado rito poético. Sobrevenían nuestros poemas, que en modo alguno pensábamos publicar, pues ni siquiera nos había rozado la idea de hacerlo. Estábamos al margen de todo, ignorábamos el mundo literario y, en lo que respecta a mis versos, no eran sino esas notas entreveradas y confusas que emite la orquesta antes de empezar su trabajo. Pero no daba comienzo al mío: se me iba el tiempo en afinaciones previas, tal como lo pierden esos malos payadores que templan indefinidamente su instrumento. Otro era el caso de Ortiz: la timidez y el recato le impedían poner en luz sus hermosos poemas. Camino de su casa se los oía decir. La quietud era grande y el sensible cielo estrellado tenía más realidad que el pueblo sin voces, desierto. El viento ahondaba la noche y recorría las calles con su silbido, como preguntando por alguno. Detrás de la plaza, a medida que salíamos del empedrado, las luces se volvían tristes y ralas, los ladridos que vulneraban el silencio eran más frecuentes y el cercano campo oscuro se posesionaba de nosotros con la fuerza y el misterio del destino. Pocas experiencias han dejado en mí una huella tan profunda como esas noches suburbanas en que la desolación y el olvido parecían retenerme para siempre. Después de muchos años, luego de haber intentado la abogacía y la poesía en Buenos Aires, arraigué otra vez en Gualaguay. Entonces volvimos a encontrar-

nos en la querida biblioteca de nuestras mocedades. Por esas fechas, los directores de la entidad solían pedir opinión a mi amigo cuando se trataba de adquirir libros. En dos ocasiones integramos con Ortiz la comisión de aquella. Y si en los altos anaqueles se advirtieron los signos de una renovación alentadora, ello se debió a su espíritu emprendedor y abierto; más de una vez propuso y logró la compra de obras en verdad admirables. Hice cuanto pude por secundarlo en la tarea de quebrantar la rutina que pesaba sobre el organismo educacional del cual dependía la biblioteca. Esa racha de aire nuevo, como ocurre siempre, causó algunos constipados espirituales. Suscitamos una creciente prevención en los socios que, para no ver perturbadas sus estáticas concepciones del mundo y de la cultura, optaban por “no innovar”. Logramos darle acceso a Proust, pero nuestras reiteradas menciones de Joyce no tuvieron eco. Sin ninguna ironía nos preguntaban: *¿Quién lo conoce aquí?* Empezaban por el fin, y, además, como lo próximo parece más real que lo remoto, querían poblar los estantes de libros enérgicamente nacionales. Según los más temerosos (entre los cuales se contaba un agrónomo que hizo traer un manual de apicultura y otro sobre la siembra de la remolacha forrajera), estábamos llevando adelante un plan revolucionario, cuya primera etapa consistía en desviar a la juventud del recto camino. En opinión de algunos socios, Ortiz y yo habíamos invitado, para que ocuparan la tribuna de la entidad, a escritores de la Capital Federal que no hicieron sino apresurar ese proceso lamentable. Los visitantes, sin embargo, fueron los hombres más lúcidos y tranquilos de la generación llamada de Martín Fierro, como también algunos profesores cuyas ideas nada tenían de aterradoras. De nada valían las explicaciones. El recelo ganaba los ánimos, la curia dijo su palabra reprobatoria y algunos rentistas cautelosos retiraron sus ahorros de los bancos para evitar que un golpe de mano de las supuestas brigadas de choque los dejara en la calle...

Claro está que ni éramos teístas muy convencidos ni entregábamos el domingo al sacramento de la misa, pero inútil es subrayar que sólo comportábamos un peligro en la medida en que el libre examen de las ideas nos parecía una irrenunciable conquista humana. Ya enfrentados los bandos, el manejo de la biblioteca fue el anhelo más firme de quienes nos sospechaban poderes

demoníacos. Convenientemente bendecida, una comisión de señoras salió a ganar adeptos. Un estanciero educable comprometió sufragios y propuso a sus amigos una ortodoxa lista de candidatos. Se quería volver a la tranquilidad mediante una comisión directiva que no dejase resquicios a la subversión. La gente de iglesia, luego de proponer algunos nombres para las vocalías, resolvió llevar sus feligreses al acto comicial, que debía realizarse por la noche. Y ocurrió algo extraordinario. Ancianos que hacía más de una década permanecían reclusos en sus casas, lisiados que casi nunca abandonaban el lecho y que no entendían bien los motivos de la convocatoria, se agolparon en el vestíbulo de la biblioteca para pedir precisiones acerca de su cometido electoral. Una de esas reliquias susurró que desde la misa del Gallo de 1920, no salía de noche. El esfuerzo de la curia me pareció admirable, no por su terrenal eficacia, sino por su índole milagrosa: había operado la resurrección de los muertos.

La vida nos separó uno o dos años después de estas batallas electorales. Regresé a Buenos Aires para integrar la redacción de "El Diario". Mi amigo Ortiz, que tenía un empleo en el Registro Civil en Gualeguay (asentaba las fechas que son más importantes para los humanos), luego de jubilarse, radicó venturosamente en Paraná. No quiso dejar su Entre Ríos.